

alma y de su espíritu no correspondía enteramente a ese deseo.

Que de todos modos ella pudiese ayudar poderosamente a muchos espíritus ávidos de fe, de naturalidad y de salud moral, no tenía importancia alguna a los ojos de aquel hombre que buscaba el buen camino para sí mismo con una despiadada gravedad y que quería aconsejarse a sí mismo antes de aconsejar a los demás.

Así es cómo interpreto yo personalmente la actitud negativa de Kafka con respecto a su propia obra. Hablaba con frecuencia de las "manos pérfidas que se tienden hacia el que escribe", y decía también que lo que había ya escrito y publicado le perjudicaba en su trabajo ulterior. Era preciso vencer muchas resistencias antes de decidirle a dar un volumen. Pero no dejaba de sentir un verdadero placer en ver sus bellos libros terminados y a veces inclusive en comprobar los resultados que obtenían, y tuvo momentos de distensión en la manera como encaraba tanto su persona como su obra, momentos en que los consideró con una mirada más benévola en cierto modo, siempre con alguna ironía, pero con una ironía amistosa, una ironía tras de la cual se ocultaba el formidable sentimiento del hombre que aspira sin compromiso a la grandeza.

No se ha encontrado testamento entre los escritos que ha dejado. En su escritorio, en medio de los papeles, se descubrió un billete escrito a tinta y ya doblado, con mi dirección. Ese billete decía:

"He aquí, mi muy querido Max, mi último ruego: todo lo que pueda encontrarse en lo que dejo tras de mí (es decir, en mi biblioteca, en mi armario, en mi escritorio, en casa, en la oficina o en cualquier lugar que sea) todo lo que dejo en materia de cuadernos, manuscritos, cartas, personales o no, etc., etc., debe ser quemado sin restricción y sin ser leído, como también todos los escritos o notas míos que poseas; los que posean otros, se los reclamarás. Si hay cartas que no te quieran devolver, será preciso que se procure por lo menos quemarlas.

"Tuyo de todo corazón.

Franz Kafka".

Buscando mejor, se descubrió también una hoja amarillenta y probablemente más antigua, cuyo texto, escrito a lápiz, decía:

"Querido Max:

"Quizá esta vez no volveré a levantarme; es probable una pneumonía después de este mes de fiebre pulmonar; por más que lo escribo no lo puedo evitar, aunque pueda influir en algo.

"Esa eventualidad me incita a comunicarte mis últimas voluntades con respecto a todo lo que he escrito:

"Solamente se pueden conservar los libros siguientes: *Urteil*, *Heizer*, *Verwandlung*¹, *Strafkolonie*, *Landarzt* y la novela corta *Hungerkünstler*.

"(Los pocos ejemplares de la *Betrachtung* pueden quedar, no quiero dar a nadie el trabajo de destruirlos, pero no hay que reimprimirlos.) Cuando digo que no se pueden conservar más que esos cinco libros y ese relato, ello no significa que desee que se reimpriman para ser transmitidos a la posteridad; al contrario, si desapareciesen completamente, el acontecimiento respondería a mis deseos. Pero, puesto que existen, si alguien quiere conservarlos, no se lo impido.

"En cambio, todos mis demás escritos (todo lo que ha podido publicarse en revistas, todos los manuscritos, todas las cartas), todo lo que puedas encontrar o pedir a los poseedores (los conoces a casi todos, se trata sobre todo de N. N... y no olvides sobre todo algunos cuadernos que están en manos de N...), todo eso debe ser quemado sin ninguna clase de excepción, y con preferencia sin ser leído (no te impido que les eches una mirada, pero preferiría que no lo hicieses; en todo caso, nadie más tiene el derecho de mirarlos) y te ruego que operes esa ejecución lo más pronto posible.

Franz."

Si me niego, ante disposiciones tan categóricamente expresadas, a realizar ese gesto erostrático que mi amigo pide de mí, es porque tengo profundas razones para ello.

¹ *La metamorfosis*, publicada por la Editorial Losada en su colección "La pajarita de papel". — N. del T.